
CAPITULO IX.

Reseña de la campaña del Interior durante el segundo semestre de 1858.—Ocupación de San Luis Potosí por Zuazúa.—Asesinato del Dr. Herrera y Cairo en el pueblo de Ahualulco.—Horror é indignación que produjo este atentado.—Ataque á Guadalajara por Degollado.—Resuelto el asalto, se emprende la retirada por la aproximación de Miramón.—Batalla de Atenquique.—Ambos beligerantes pretenden apropiarse el triunfo.—Ocupación de Durango por los constitucionalistas.—Idem de Guanajuato y Celaya.—Llegada de Miramón á la Capital.—Entrevista desagradable que tuvo con Zuloaga.—Estado crítico del país.—Impotencia del Gobierno conservador.—Conspiraciones sorprendidas.—Renovación del Ministerio conservador.—Principales medidas que dictó luego.—Sale Miramón de México, para organizar la campaña del Norte.—Sitúase en Guanajuato.—Puesto Vidaurri á la cabeza del ejército del Norte, abandona San Luis que ocupa Miramón.—Batalla de Ahualulco de Pinos, perdida por los constitucionalistas.—Comentarios acerca de este desastre.—Conducta punible de Vidaurri.

Antes de proseguir la narración de los sucesos que estamos historiando, y para terminar los del año de 1858, creemos oportuno consagrar el presente capítulo al relato de los principales acontecimientos militares que aún nos resta que referir, ocurridos en el Interior de la República, grandioso escenario y palenque sangriento en que contendían en vasta escala los partidos beligerantes, que se disputaban con las armas los destinos de la Nación.

Triunfante Zuazúa en Zacatecas, según lo dejamos asentado en el capítulo V de esta parte de nuestra Obra, dirigió sus huestes vencedoras hacia la ciudad de San Luis Potosí, á la que atacó violenta y decididamente, ocupándola el 30 de Junio, á las cuatro de la tarde, después de un combate reñido que duró siete horas.

Mandaba la plaza el General Don Francisco Sánchez, que fungía

también como Comandante Militar del Departamento, quedando en ella, como trofeos de la victoria, 17 jefes y oficiales prisioneros, entre ellos el General D. José Gutiérrez de la Lama, y 403 hombres de tropa.

La pérdida de una población tan importante, y que según declaraciones oficiales, á la salida de Miramón, guardaba un excelente estado de defensa, causó honda impresión en los conservadores; y sus órganos más caracterizados en la prensa dieron el grito de alarma, asegurando que el círculo de acción de las armas liberales iba á recibir un poderoso impulso con esa ocupación, cuyas consecuencias podrían ser demasiado funestas para la causa tacubayista.

Mientras el Jefe fronterizo obtenía el triunfo aludido, Degollado emprendía un ataque sobre Guadalajara; pero antes de consignar este hecho de armas, vamos á referir un suceso que llamó, y con sobrada justicia, la atención pública.

El Coronel D. Manuel Piélagos, salió de dicha ciudad á batir á los constitucionalistas al frente de una sección de 500 hombres: el enemigo se retiró, y entonces, el jefe reaccionario, pretextando que en la Hacienda de la Providencia existía oculto un buen número de armas, y que dicho lugar era el centro de reunión de muchos enemigos del Gobierno, mandó aprehender al dueño de la finca mencionada, que lo era el Dr. D. Ignacio Herrera y Cairo, y sin oír razones y violando toda clase de garantías, mandó fusilarlo en el acto, verificándose la ejecución en el pueblo de Ahualulco.

Los cargos que se hacían á la víctima eran infundados, pues ésta, separada absolutamente de la política, se dedicaba exclusivamente á las labores de la agricultura; por lo tanto, su sensible muerte no fué otra cosa que un horroroso asesinato perpetrado á mansalva y acordado, sin duda, por los directores de la política de Jalisco, pues no es creíble que el ejecutor de ese hecho cobarde y criminal, se hubiera aventurado á realizarlo bajo la influencia de su sola inspiración y responsabilidad: el mismo Gobierno de Zuloaga desaprobó el procedimiento, haciendo saber su inconformidad á Casanova el Ministro de la Guerra, Parra, en nota de 20 de Mayo.

Aquel acto de inaudita crueldad, causó una indignación indescriptible, pues el Doctor era un joven apreciable, lleno de ilustración y filantropía, pues que ejerciendo con notable desinterés su profe-

sión de médico, en la que tenía adquirida grande y merecida reputación, se había captado las simpatías generales de la sociedad, que se veía privada de los servicios de un ciudadano tan recomendable.

“Algunos han querido, dice el Sr. Vigil, atenuar la enormidad de semejante atentado, considerándolo como un acto de represalias por las ejecuciones de Zacatecas; pero sea cual fuere la opinión que se tenga de estas últimas, no se necesita mucho esfuerzo para comprender la inmensa diferencia que existe entre la aplicación de una ley á enemigos tomados con las armas en la mano y á quienes se considera rebeldes, y el hecho de apoderarse de un ciudadano pacífico, y sin fórmula de juicio ni sombra de pretexto, privarle de la vida en medio de una sociedad poseída de horror é indignación.”¹

Desde la toma de Guadalajara por Osollos, en virtud de la capitulación de Parrodi, los jefes constitucionalistas Cruz Aedo, Contreras Medellín, Rocha y otros más, se retiraron al Sur de Jalisco, en donde estableció el Gobierno como jefe del Estado, el ameritado demócrata D. Pedro Ogazón; y Degollado, que fué nombrado por el Sr. Juárez, General en Jefe, había logrado organizar fuerzas en dicho rumbo, con las cuales, con un refuerzo de 600 hombres al mando del Coronel D. Manuel Menocal, que acababa de ocupar la plaza de Zamora, y con un auxilio de 1,000 hombres y seis piezas de artillería que á las órdenes del General D. Miguel Blanco le mandó Zuzúa, desde San Luis, emprendió, como llevamos dicho, la campaña sobre Guadalajara.

Las operaciones del sitio empezaron el 3 de Junio, apoderándose los sitiadores de varios edificios importantes; y resuelto ya el asalto, después de una larga serie de combates, á cual más sangriento, tu-

¹ En la nota que el Ministro de la Guerra, Parra, dirigió á Casanova reprobando el asesinato del Dr. Herrera y Cairo, se encuentra el siguiente párrafo:

“El Exmo. Sr. Presidente me ordena diga á U. S., que la conducta del Teniente Coronel Piélagos y las ejecuciones que ha ordenado, han causado una dolorosa sensación en el Gobierno, que ni quiere ni puede permitir que el ejército nacional se manche con una gota de sangre que se derrame fuera del orden de la justicia; y que bajo este concepto, es preciso que U. S. mande inmediatamente separar del mando de la sección de tropas que tiene á sus órdenes, al expresado jefe, previniendo se le instruya el proceso correspondiente, y ordenando al Fiscal dé cuenta á U. S. del estado que tuviere, cada 48 horas, para que sufra el castigo que merece por aquellos actos sanguinarios y deshonrosos para la milicia y el buen nombre de la Nación.”

vo aviso fidedigno el jefe liberal, de que Miramón, al frente de 3,000 hombres y 14 piezas, procedente de San Luis, se dirigía al auxilio de la plaza, lo cual le obligó á verificar la retirada hacia sus posiciones del Sur, lo que hizo el día 21.

Al efecto, fueron dictadas las órdenes convenientes para la realización de tal acto, encomendándose la operación al General Núñez, á quien se previno la verificara la mañana del supradicho día veintuno, como lo cumplió, retirándose las fuerzas de Michoacán, que ocupaban el Sur de la ciudad, para la garita de San Pedro; la Sección Blanco, se movió en dirección al Norte, cubierta por la 1.^a Brigada, replegándose ésta de los puntos avanzados de Santo Domingo y San Diego; y estas fuerzas marcharon al Hospicio, encaminándose á la expresada garita de San Pedro, que había tomado con anticipación la fuerza de Menocal.

A las siete de la mañana, y á la vista del enemigo, se verificó la salida, tomando la Sección Menocal el camino de Atequiza, dirigiéndose para el Estado de Michoacán, y el resto del Ejército para Santa Anita, donde pernoctó.

Los Generales Rocha y Blanco querían que todas las fuerzas reunidas marcharan al encuentro de Miramón; pero Degollado no admitió tal idea, ante la posibilidad de ser batidas sus tropas á dos fuegos por fuerzas superiores, ordenando, en consecuencia, la retirada definitiva para la Barranca de Beltrán, que era la base de sus operaciones.

Apenas llegado á Guadalajara el Jefe conservador, se movió inmediatamente sobre Degollado que continuó su marcha, el cual, para llegar á las posiciones fortificadas de Beltrán, tuvo que vencer grandes obstáculos, pues había de atravesar las barrancas de Atenquique, del Platanar y la misma de Beltrán, con la artillería y los trenes que era necesario llevar por las escabrosidades de aquellas montañas; operación delicadísima que confió al General D. Francisco Iniestra, con la vanguardia, y dejó la retaguardia á los Generales Rocha y Blanco.

Entretanto, Miramón se acercaba rápidamente.

La Barranca de Atenquique, que adquirió en aquella época un justo renombre, dista unas 45 leguas de Guadalajara: corta el camino nacional que va para Colima, en una extensión de cosa de mil

metros que hay de borde á borde, y tiene la profundidad de seiscientos, próximamente.

Para atravesarla, hay varios pasos: el primero, unido al camino nacional, es una vía de regular anchura y empedrada: comienza por el lado oriental en línea diagonal, continúa en *zig-zag*, doblando laderas hasta llegar al plan, y antes de penetrar al fondo hay una eminencia de casi igual altura á la del borde, que se adelanta bastante al lado opuesto.

Cerca de media legua se prolonga el camino para llegar al plan, en el que existe un pequeño valle atravesado por un río, y en ese valle está la aldea conocida con el nombre de Mesón de Atenquique: desde los bordes de la barranca no se percibe más terreno despejado que algunos tramos de la vía; espesas arboledas y hondas quebraduras cubren aquellos sitios, que las elevadas montañas limitan por todas partes.

El día 2 de Julio, terminaban apenas los liberales sus trabajos de trasborde de los trenes y de la artillería, cuando el estampido del cañón anunció la presencia del enemigo á retaguardia: cubrían ésta, por la izquierda, el General Rocha con el batallón Hidalgo, 5.^o de línea y Rifleros de Monclova, y General Blanco, con Rifleros de Galeana, batallón de Aguascalientes, Mixto de la Unión y Pueblos Unidos, posesionados de toda la cuesta occidental.

Miramón, el mismo día 2 de Julio, salió de ciudad Guzmán, y llegó como á las once de esa mañana al borde oriental de la Barranca de Atenquique: formó sus tropas á la izquierda de la entrada, unas en batalla y otras en columnas, y colocó en baterías sus cañones en el borde de la dicha Barranca: no conocía el campo, y sin hacer ningún reconocimiento, empezó á cañonear con dirección al lado contrario.

En seguida hizo adelantar una columna, que posesionada de la eminencia que está unida á la cuesta oriental, y que se adelanta bastante al lado contrario, desplegó en varias líneas de tiradores, y empezó el fuego de fusilería que se generalizó en el campo.

Según una importante relación de donde tomamos estas noticias,¹ una fuerza como de doscientos reaccionarios desciende al fondo de

¹ "La Guerra de tres años en el Estado de Jalisco," por Cambres.

la barranca; las balas de sus contrarios, la detienen y la desorganizan, en cuya virtud, tres gruesas columnas de infantería á las órdenes del Coronel D. Francisco Vélez, bajaron en su auxilio y atacan decididamente las posiciones defendidas por los federalistas: el combate es vigoroso y la resistencia obstinada: los liberales ceden terreno, que palmo á palmo van conquistando sus adversarios, en medio de un fuego terrible que los diezma: trepan con arrojo sobre la cuesta occidental, y persistiendo en el avance llegan hasta la segunda cuesta del Caracol, y están á punto de obtener la victoria.

En estos momentos críticos, los constitucionalistas hacen alto, y cargan con ímpetu sobre sus audaces enemigos, de lo que resulta un obstinado y mortífero combate, que por la proximidad de los contendientes, hace cesar el ruido de la fusilería, y que se batan á la bayoneta: el choque dura poco tiempo: los reaccionarios retroceden, aunque peleando, hasta posesionarse de las cercas y de las casas del valle, y allí esperan resueltos la continuación del ataque.

La noche pone fin á la lucha, que ha durado cerca de ocho horas, sin que en ese tiempo haya dejado de tronar la artillería reaccionaria, que consumió un gran número de proyectiles; y este combate, uno de los más obstinados y sangrientos que registra la historia de la época, costó á Miramón más de cien hombres muertos, entre ellos el Coronel Lara, doscientos veinte heridos, entre los que se contó el General Ruelas, y muchos dispersos.

Degollado, que tuvo casi iguales bajas, aunque no tanta dispersión, en el parte oficial relativo, dijo que una parte de sus soldados recogió algún armamento, y los de la Sección Blanco quitaron una banderola del Batallón Ligero de Carabineros: que consideraba como un favor del cielo el que se conservaran ilesos y salvos, el General Núñez y el Teniente Coronel del 2º de Rifleros de la Frontera D. Mariano Escobedo, á quienes les habían matado los caballos con bala de cañón; y que al primero se debió principalmente el éxito de la jornada, porque bajo los fuegos de artillería y fusilería, no cesó de recorrer las líneas liberales, bajando y subiendo por la barranca, hasta el término de la batalla.

Hizo también mención honrosa del Comisario general D. Benito Gómez Farías, quien, sin obligación para ello, se presentó en el campo de la acción, recorrió cuatro veces el espacio de seis leguas que se

paraba la vanguardia de la retaguardia del ejército federal, y prodigó señalados y oportunos cuidados á los heridos de éste.

La noche del repetido día 2, Miramón, con todas sus tropas y trenes, aunque bien mermadas aquellas, y en actitud más bien de fuga precipitada, retrocedió para Ciudad Guzmán, llevándose sus heridos que abandonó en dicha población á la caridad de los vecinos, dejando aquellos desgraciados en el pavimento de la Plaza de Gallos y en las bancas de la Escuela Municipal: llegó á Guadalajara, y desde allí rindió un rumboso parte oficial, felicitando al Ministro de la Guerra y á Zuloaga, atribuyéndose un triunfo que, como se ha visto, distó mucho de obtener; por su parte, Degollado, al saber que el caudillo de la Iglesia emprendía una marcha tan imprevista cuanto inusitada, organizó violentamente una brigada ligera, que puso á las órdenes del ameritado Jefe Núñez, para que lo persiguiera tenazmente, lo que ejecutó hostilizando su retaguardia hasta las cercanías de la populosa é importante capital del Estado de Jalisco.

Supuesto lo que antecede, el Jefe del Ejército constitucionalista quedó en quieta y completa posesión de los puntos que había ocupado, encubriendo con el movimiento retrógrado que acababa de practicar, un plan estratégico que tenía por objeto atraer al enemigo hacia aquellos puntos ventajosos para la resistencia, y donde seguramente las tropas reaccionarias habrían sido completamente derrotadas.

Las victorias de los constitucionalistas seguían por varios lugares de la República.

El 7 de Julio, D. Estéban Coronado ocupó Durango, y el 15 del mismo, Aramberri entró en Guanajuato, abandonado por Mora y Villamil que se retiró á Celaya. Esto hizo á Miramón apresurar su marcha de Guadalajara á la Capital, adonde llegó por la posta el 28 y tuvo una entrevista con Zuloaga, que no fué de lo más cordial, pues empezó diciéndole: "Vengo á manifestar á vd. que vaya á tomar el mando del ejército, porque yo no sé hacer la guerra sin dinero y sin soldados."

La marea revolucionaria subía más y más, siendo impotente el Gobierno conservador para cimentar un orden de cosas estable y duradero; no contababa para sostenerse y perpetuarse, ni con tropas, ni con recursos pecuniarios, y sobre todo, con la opinión pública: la